

#### LORENZO DE ZAVALA

¿Qué pude usted decirnos acerca de las horribles matanzas de españoles civiles que usted ordenó en Valladolid y Guadalajara, según su propia aceptación en el juicio que se le siguió en Chihuahua donde se le condenó a muerte?

#### MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

Nunca he pretendido rehuir mi responsabilidad en esos hechos. Pero quiero diferenciarlos, porque en Valladolid obraron unas causas y en Guadalajara, otras. Cuando tomamos Valladolid la primera vez, o sea, el 16 de octubre, exactamente un mes después de iniciadas las hostilidades, no se agravó, ni se lastimó a ningún español. Pero cuando llegamos a dicha ciudad la segunda ocasión; el 15 de noviembre, las cosas habían cambiado mucho, tanto en nuestras filas, como en la mentalidad de los españoles residentes allí. Nosotros veníamos de haber sufrido en Aculco una derrota en manos de Calleja que nos había causado grandes pérdidas, desertiones masivas y hasta nos obligó a dividir a nuestro ejército, de tal suerte que Allende tuvo que retirarse rumbo a Guanajuato y yo tomé rumbo de Valladolid. Habíamos perdido muchas piezas de artillería, coches y parque, por lo que consideré aquella retirada como estratégica para allegarnos recursos, reorganizarnos y proveernos de armas. Lamentablemente los únicos que tenían dinero en esa ciudad eran españoles, y a diferencia de la primera vez, no sólo se negaron a cooperar, sino que escondieron sus caudales, seguramente engallados por la derrota que nos infringieron las tropas realistas. Volví a sentir, entonces, su odioso despotismo. Mi estado de ánimo, y el de mis tropas no se encontraban en aptitud de tolerar su insultante soberbia. Los traté de convencer de lo justo de nuestra causa, y de la necesidad de recursos que teníamos para continuar la lucha; pero a mi impetración sólo respondieron con altanería; entonces la "chusma" -como la llama el doctor Mora- exigió con gritos la ejecución de los ochenta presos españoles, y yo lo concedí, consciente de mi responsabilidad ante Dios y ante la historia . . . ¿Ante la historia? . . . ¡Ante la historia había justificación! por cada gota de sangre española vertida, había torrentes de sangre indígena derramada durante trescientos años.

Las ejecuciones de Guadalajara se dieron por otras razones; ya para entonces habíamos tenido noticias de la ferocidad demostrada por Calleja al tomar Guanajuato; la orden de "tocar a degüello" que él dio, es la más atroz; la más bárbara que puede darse en la guerra, pues significa matar a sangre fría, indiscriminadamente, a cualquier persona que las tropas vayan encontrando, sin distinción de sexo, edad o condición. Después llamó a todos los carpinteros para que levantasen horcas en las plazuelas de Granaditas, San Roque, San Fernando, San Diego, San Juan, El Ropero, Mexiamora, y el Baratillo, además de la que ya existía en la plaza principal. Solamente en esta última fueron ahorcados 32 individuos del pueblo al caer la tarde del día 27 de noviembre de ese año de 1810, según un cronista guanajuatense. En la plazuela de Granaditas fue ahorcado al día siguiente, el ilustre joven Casimiro Chovell, administrador de la mina la Valenciana junto con cinco hombres de respetable dignidad en la localidad, que fueron sus compañeros de suplicio. En esa

misma horca el día 5 de diciembre mandó Calleja dar muerte a nueve infelices más; y nunca sabremos los que fusiló en el patio de la Alhóndiga Manuel Flon, Conde de la Cadena, segundo comandante del ejército realista, que competía muy estrechamente con la ferocidad de su jefe Calleja. Fue tal la carnicería en ese lugar que un cronista lugareño escribió en una gacetilla lo siguiente:

"El Conde de la Cadena, anciano de aspecto sórdido, de torva y recelosa mirada y de boca contraída por la ira y la venganza, se paseaba por los corredores de la Alhóndiga vigilando aquella hecatombe, y recreándose, al parecer, con los estallidos de las acompasadas descargas de los pelotones de fusilamiento. A poco tiempo después de esta carnicería, quedó el pasadizo inundado de sangre, regado de sesos y sembrado de pedazos de cráneos de las víctimas, hasta el extremo de ser preciso desembarazar el sitio para poder pisar el pavimento. Para llevar a cabo esta operación se trajeron de la calle algunos hombres, y con sus mismas manos echaron las entrañas y los restos ensangrentados de los muertos en grandes bateas hasta limpiar por completo aquel lugar".

También supimos que al pasar por Silao, además de fusilar a quienes suponía que habían colaborado con nosotros, dictó un terrible bando que sólo en un corazón de hiena es concebible. En ese bando decía que por cada soldado realista o ciudadano europeo que fuera asesinado, se sortearían cuatro de los habitantes de esa población, sin distinción de personas y sin ninguna formalidad serían pasados por las armas.

Aquellas noticias enfurecieron a nuestras tropas porque muchos habían dejado familiares y amigos en Guanajuato y empezaron a amotinarse exigiendo las cabezas de los españoles que habíamos apresado en Guadalajara, con el argumento de que ¡Lo que es válido para quienes quieren seguir sojuzgándonos, debe de serlo para los que luchamos por nuestra libertad! Ante las atrocidades de Calleja y Flon no pude hacer valer principios de caridad y de perdón. Cerca de 350 españoles fueron ajusticiados como represalia de la crueldad de los jefes realistas.

Por supuesto que nunca me he ufano de ese doloroso acontecimiento; por el contrario, siempre me he reprochado mi incapacidad para evitarlo, pero había que estar allí para entenderlo; no podía ser de otra manera; era el impulso de un pueblo hostigado por la opresión, que se levantaba en masa, ciego, furibundo, para lanzarse arrebataadamente a los combates; el nuestro no era un ejército, era un río desbordado. ¿Qué brazo, sino el de Dios podía detener o moderar ese ímpetu? ¿Qué mano era bastante poderosa para encadenar el huracán que volaba enfurecido? ¿Quién podía decirle a aquel torrente: Entra en tu cauce y no te precipites? A la voz de "independencia" se enardecía en todos los espíritus la memoria siempre viva de las atrocidades de la Conquista; la memoria de tres siglos de vejaciones e injusticias; de tres siglos de privaciones de tantos bienes que la civilización podía haber derramado en México, y estas memorias encendieron el odio mal reprimido que la política misma del gobierno español había provocado. Ahora bien, si la guerra de independencia asumió desde sus principios todos los caracteres de una lucha de devastación y de exterminio, no debe culparse exclusivamente de ello a los que



proclamaban y defendían su libertad. La actitud adoptada por el gobierno virreinal para contrarrestarla fue de sangre y de crueldad excesiva; así, la sangre corrió en abundancia y la crueldad hizo erigir las represalias en sistema.

Quiero concluir este comentario enfatizando que en el juicio que se me siguió en Chihuahua, en el que fui condenado a muerte, exoneré expresamente de estas matanzas de presos españoles, a todos los demás jefes de la insurgencia, aceptando ser el único culpable de las mismas.

#### LORENZO DE ZAVALA

Para terminar mi ronda de preguntas hacia usted, quiero hacerle dos de carácter personal, que por serlo, está en su derecho de no responderlas. ¿Es cierto que no obstante ser sacerdote tuvo varios hijos? Esa es la primera; la segunda es la siguiente: ¿Es verdad que entre usted y Agustín de Iturbide había cierto parentesco?

#### MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

No tengo inconveniente en contestarlas. Ante todo debo aclarar que mis votos eclesiásticos no fueron de castidad, sino de celibato. Efectivamente, durante mi rectoría en el Colegio de San Nicolás en Valladolid tuve relaciones con doña Manuela Ramos Pichardo de las cuales procreamos dos hijos: Agustina y Lino Mariano. Posteriormente, viviendo ya en San Felipe "Torres Mochas" me relacioné con la señorita Josefa Quintana habiendo en ella dos niñas: Micaela y María Josefa. A éstas, siendo todavía muy pequeñas, me las llevé a vivir a Dolores, cuando me hice cargo del curato de ese lugar; mis hermanas Guadalupe y Vicenta desde entonces estuvieron al cuidado de las niñas. Por cierto que Agustina, mi hija mayor, no quiso dejarme solo y me acompañó algún tiempo en la revolución vestida de hombre con el uniforme de capitán, al grado que se murmuraba que era el mismo Fernando VII que se había fugado de Francia; por esto luego la llamé la tropa "Fernandita". Cuando salimos de Guadalajara para enfrentarnos a Calleja en el Puente de Calderón, considerando lo peligroso de la batalla, la dejé en dicha ciudad en el monasterio de Santa Clara. Años después ella se casó con el famoso guerrillero insurgente Encarnación Ortiz. Cuando enviudó se fue a la ciudad de México a vivir al lado de su hermano, mi hijo Lino Mariano, quien casado con doña Petra Avoytes procreó dos nietos míos, Juan Antonio y Guadalupe. En cuanto a mis hijas habidas con doña Josefa Quintana, María Josefa murió en la adolescencia y Micaela se casó con el distinguido médico Julián de Mendoza, quienes tuvieron también dos retoños. Esta es la historia de mis hijos. Ni entonces me avergoncé de haberlos tenido, menos ahora. Lejos de ello, mis hijos, mis hermanas ya mencionadas, mi hermano Mariano, y mi pariente José Santos Villa me acompañaron a todas partes y formábamos una familia muy unida y cariñosa. Muchos religiosos hacían votos de castidad como una ofrenda personal de sacrificio y renunciación; quienes no lo hacían, por no ser entonces exigencia del Código Canónico, era frecuente que tuvieran relaciones con alguna mujer y que de ellas surgieran hijos, que en la mayoría de los casos era ocultada su paternidad, lo cual resultaba ignominioso para ellos.

Yo no quise desconocerlos. Al contrario, los llevé a vivir conmigo y les di todo el cariño y protección de un buen padre. Como mejor prueba de que la Iglesia no condenaba esos hechos, que repito, eran frecuentes, podrá observarse que en los cargos que me hizo la Santa Inquisición no se incluye lo de mi familia, no obstante que era de fama pública que mis hijos vivían a mi lado.

En cuanto a la pregunta que me hace el señor Zavala acerca de que si tenía yo parentesco con Agustín Iturbide, mi respuesta es: ¡Si! Efectivamente; éramos parientes por parte de nuestras madres; la mía, doña Ana María Gallaga Villaseñor, y la de Iturbide, doña Josefa de Arámburu Carrillo y Villaseñor, eran descendientes de los Villaseñor del pueblo de Huango; mas, desconozco el grado exacto del parentesco, pero no debe haber sido muy cercano porque nunca supe que mi madre y la de él, hubieran tenido algún acercamiento no obstante que sus residencias no estaban tan lejanas. Cuando lo invité a que se uniera a nuestra causa le hice mención de nuestro parentesco, él pareció ignorarlo, o lo soslayó, pues solamente me respondió que por su parte haría de cuenta que nunca habíamos hablado, porque él le debía fidelidad al rey de España y además, nuestra conspiración no tenía posibilidades de éxito y terminaría -dijo- como las anteriores, en el fracaso. Luego se reveló como un tenaz y cruel combatiente contra los insurgentes.

Si alguien más de los presentes desea hacerme más preguntas, con todo gusto lo atenderé.

#### JOSÉ MARIANO MICHELENA

Apreciable padre Hidalgo; reciba mis profundos respetos. Yo fui uno de los pocos insurgentes que logró ver realizada la independencia, por eso reconozco el valor de sus acciones y la sublimación de su martirio. Usted sabe de la gran amistad que siempre me unió con don Ignacio Allende, respecto de quien creo ha sido una deplorable omisión no haberlo invitado a esta reunión porque son incuestionables sus méritos en su lucha por nuestra libertad, a cuya causa ofrendó su vida y la de su hijo, al lado suyo. Pues bien, en razón de esa amistad tuve conocimiento que en varias ocasiones y por diversos motivos hubo serios rompimientos entre ustedes, habiendo sido el primero -según tengo entendido- el que se suscitó por la discrepancia de opiniones después de la batalla del Monte de las Cruces, cuando estando ya a la vista de la ciudad de México, usted resolvió retirarse rumbo a Valladolid desaprovechando la oportunidad de tomar la Capital que en esos momentos estaba militarmente desguarnecida, lo que hubiera dado otro sesgo a la guerra por la tradición castrense de que quien ganaba la capital, ganaba todo el país. Allende me comentó que eso había sido un gran error, y yo pienso que tenía razón, porque ahora sabemos que tal determinación retrasó muchos años la Independencia, con el consecuente derramamiento prolongado de sangre y la incorporación de oportunistas, como Iturbide, que arrebataron las banderas originales a los insurgentes. También me comentó que usted lo había abandonado a su suerte cuando en vez de acudir a reforzarlo en Guanajuato para rechazar el embate de Calleja, decidió partir de Valladolid a Guadalajara, obligándolo a una retirada



intempestiva y accidentada en la que hubo necesidad de abandonar muchas piezas de artillería y pertrechos. Que, además, muchas de sus contrariedades se debían a que usted tomaba decisiones que contravenían los más elementales principios de la estrategia de guerra, en cuyo ramo usted era absolutamente neófito, pues nunca había participado en acciones militares, y que no obstante eso, se imponía títulos y grados que lo erigían en el supremo comandante de los ejércitos insurgentes. Muchos de los descalabros militares Allende los atribuía a esa suplantación de funciones. Mi pregunta concreta es: ¿Hubo en realidad tales discrepancias y fueron ellas el motivo de que lo relevaran del mando después de la desastrosa batalla de Puente de Calderón?

#### MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

Yo fui testigo de su gran amistad con don Ignacio Allende, licenciado Michelena; es más, por conducto de él lo conocí a usted y a los demás conspiradores de 1809. El me invitó, también, a participar en varias reuniones donde se analizaba la situación de España, así como la necesidad de constituir un congreso nacional con gente representativa del país, mientras se resolvía la suerte de Fernando VII. La muerte de Verdad, Talamantes y Sugasti; así como el encarcelamiento de Azcárate, de usted, de García Obeso y del padre Santa María, nos persuadieron que el gobierno español en México no aceptaría voluntariamente esa propuesta. Entonces, Allende me convenció que había que plantear un movimiento armado para lograrlo. Cuando me enseñó la lista de los distinguidos personajes que compartían nuestros anhelos, y el número de guarniciones y regimientos con los que podíamos contar, consideré, igual que él, que era el momento de diseñar un plan general para iniciar la lucha de insurgencia. Ya les he dicho, hace poco, en que consistió dicho plan, la fecha originalmente prevista para emprenderlo y las consecuencias de haber tenido que hacerlo antes de tiempo. Con todo esto pretendo señalar que Allende fue, indudablemente, el precursor principal del movimiento de 1810. Yo me adherí cuando él y sus eternos compañeros de lucha, don Juan Aldama y don Mariano Abasolo ya habían realizado muchas reuniones de sondeo y proselitismo en San Miguel el Grande, Querétaro, Celaya, Guanajuato y Valladolid. La participación del Corregidor de Querétaro don Miguel Domínguez se derivó de la gran amistad que tenía Allende con él y con su distinguida esposa doña María Josefa Ortiz. Aunado todo esto al hecho de que la única tropa de línea experimentada y bien armada con la que contaríamos para empezar era el Regimiento de Dragones de la Reina que desde hacía mucho tiempo comandaba don Ignacio Allende, no había duda que la jefatura del movimiento le correspondía a él. Así lo entendíamos todos. Si las acciones se hubieran iniciado en San Miguel, como se tenía previsto, Allende hubiera tomado el mando, junto con sus compañeros de armas Aldama y Abasolo, y yo me hubiera encargado del aspecto ideológico y político, y de atraerme algunos miembros del clero para evitar que se considerara que nuestra lucha era también contra la religión. La circunstancial necesidad de que el movimiento se iniciara en Dolores, cambió todo. Allí el pueblo me tenía gran simpatía por la labor social que había hecho durante muchos años; en cambio Allende era poco conocido. Entonces, en la junta apresurada que celebramos el 15 de septiembre en la noche en mi casa, en la que

estuvieron presentes todos los principales protagonistas, resolvieron que dada mi condición de sacerdote y que siendo domingo el día siguiente deberíamos aprovechar la misa de la mañana y allí convocar al pueblo a la lucha; para lo cual consideraron que yo era el más indicado. Esa fue la razón por la que yo di el "grito de independencia" el día 16 de septiembre. Ocioso resulta decir que el pueblo de Dolores se entusiasmó con mi proclama, principalmente quienes habían participado en los talleres de orfebrería, carpintería, herrería, sedería, apicultura, y hasta un grupo de músicos de la escuela de mi pariente Santos Villa nos acompañó, alegrando los inicios de la campaña. Es indudable que en aquellos tiempos y lugares el cura ejercía una fuerte influencia espiritual sobre los feligreses; por eso, al verme desfilar al frente de las columnas, sobre todo después de que en Atotonilco tomé como bandera a nuestra Santísima Virgen María de Guadalupe, los campesinos, indios, jornaleros y demás gente del pueblo se nos unieron llenos de entusiasmo y de fervor religioso. Seguramente eso comprendieron Allende y sus jefes militares y aceptaron la conveniencia de que yo apareciera a la cabeza de la insurrección. Además, ellos conocían mi amplia cultura en teología, filosofía, retórica y en las nuevas corrientes del pensamiento político y social que venían imponiendo sus verdades en los países más civilizados del planeta. Yo pienso que tan imprevisible imposición debe haberle causado a don Ignacio un pequeño y justificado resentimiento que aumentó cuando los edictos de excomunión y los bandos virreinales me declaraban jefe de la sublevación. Ahora bien, cuando tomamos Celaya hicimos una junta de militares y en ella, unánimemente, a propuesta del propio Allende, me otorgaron el mando supremo de las acciones. Es decir, lo que había sido casual e imprevisto, allí se formalizó. Los jefes insurgentes reunidos en sesión con el ayuntamiento de Celaya me nombraron Capitán General y a Allende, Teniente General. O sea, que yo no me autodesigné.

Antes de seguir adelante, y para que pueda comprenderse mejor el origen de las discrepancias que surgieron entre don Ignacio y yo, quiero exponerles algunas reflexiones que estimo pertinentes. Ya para cuando tomamos Guanajuato la esencia del movimiento de insurrección había cambiado. No sé si esto lo percibió Allende, o si al percibirlo no fue de su agrado. Don Ignacio y sus jefes militares, siguiendo las ideas de los anteriores conspiradores, habían concebido un movimiento eminentemente criollo, dirigido por militares criollos y apoyados por profesionistas e intelectuales criollos, para garantizar el acceso de un gobierno integrado por criollos, que respondiera preferentemente a los intereses del criollismo mexicano. Allende tenía la esperanza de que un movimiento planteado así, ganaría la simpatía de todos los mexicanos, particularmente de quienes habiendo nacido aquí, habían logrado destacar en algunos estratos de la sociedad. Además, se confiaba -como ya se ha dicho- que muchos de los jefes militares que comandaban tropas del ejército realista y que al igual que sus soldados en su mayoría eran nacidos en México, se unirían a nuestra lucha libertaria. Era indudable que los criollos mexicanos habían alcanzado un mayor nivel cultural y económico que los mestizos y los indios. De ahí que no era una insensatez pensar que estaban mejor preparados que éstos para dirigir el movimiento y el gobierno del país. Sin embargo, las cosas no sucedieron así. Sería la anticipación apresurada del "grito"; el temor religioso que provocaron



los edictos de excomunión a quien participara o ayudara a la insurgencia, o el prematuro desprestigio en que empezó a caer nuestra causa con motivo de la terrible matanza de la Alhóndiga y del saqueo en Guanajuato, el hecho es que ninguno de los cuerpos de la tropa realista se pasó al lado nuestro. Por eso hubo necesidad de improvisar soldados de la "chusma". Los militares criollos en lugar de ayudarnos, fueron los que nos combatieron con mayor saña. Entonces surgió un fenómeno único en el mundo, porque en todo lo que yo había leído nunca encontré precedentes; los curas de pueblo, que tenían más identidad con sus feligreses pobres, que con sus arrogantes prelados, se acercaron a nuestra lucha pretendiendo ser capellanes para auxiliar religiosamente a nuestras tropas; pero a falta de jefes, y tomando en cuenta su mayor nivel cultural, pronto se transformaron en comandantes militares. Ya lo he dicho antes, fueron más de 400 sacerdotes que participaron en esa guerra al lado contrario del partido que había tomado la iglesia mexicana, de los cuales -lo quiero repetir- según los registros respectivos, 126 murieron fusilados por abrazar la causa insurgente, incluyéndome a mí.

Todo aquello -insisto- cambió el sentido de nuestra revolución. El ingreso de las grandes masas indígenas y de gente desposeída que buscaba en nuestra lucha una mejoría en su vida, al menos al nivel humano, le daba el carácter de una revolución eminentemente popular. Ya no podía ser lo que los criollos esperaban; o sea, la simple sustitución de un gobierno español, por un gobierno criollo; "quitate tu para ponerme yo". ¡No! Las masas populares esperaban el cambio de un régimen social injusto. Sus demandas, sus carencias, sus aspiraciones en la lucha deberían encarnar en una transformación social; en un gobierno que aunque integrado por criollos quedara sujeto a un programa de mejoramiento integral de las clases humildes; un gobierno, en fin, que reivindicara sus derechos avasallados desde la conquista.

Tal vez Allende y sus seguidores no entendieron esto tan claramente como yo; por eso ni compartieron, ni comprendieron el sentido de mis decretos de Valladolid y de Guadalajara. Al contrario me dijeron que aquellos decretos espantarían a quienes podrían ayudarnos económicamente, porque los que algo poseían, mucho o poco, tendrían miedo de perderlo ante una revolución de la plebe desordenada. De esta discrepancia de ideas surgieron las otras, hasta el rompimiento total.

Efectivamente, licenciado Michelena, una de las primeras discusiones fuertes con Allende se originó en el Monte de las Cruces; antes de la batalla discutí con él -como ya dije- porque no quería permitir que participaran en ella los grupos indígenas; después de nuestro triunfo la discusión se tornó más acre porque me opuse a su plan de atacar a la ciudad de México como siguiente paso. Ya sabíamos para entonces que el grueso de nuestro ejército no estaba preparado para una batalla formal. Ya sabíamos que el virrey Venegas había mandado a Trujillo a detenernos en el Monte de las Cruces para dar tiempo a que llegaran a México todas las tropas que había mandado concentrar de Puebla y de Jalapa. Ya sabíamos, también, que Calleja con un imponente ejército perfectamente pertrechado, como él acostumbraba, nos venía pisando los talones por el camino de Querétaro, y sería fatal que si atacábamos a México nos fuéramos a ver acorralados en medio de dos

fuegos. Por otra parte, aún en el supuesto de que lográramos conquistar la Capital, no estábamos preparados para conservar la plaza y se frustraría de un "tirón" nuestro movimiento. Creí más conveniente seguir conquistando otras ciudades a fin de que nuestro ejército tomara más experiencia y para darle, como le dimos, un sentido social a nuestra revolución mediante disposiciones jurídicas benéficas. Después acepté la propuesta de Allende para iniciar un programa de preparación militar a nuestras tropas, porque tarde o temprano, tendríamos que enfrentarnos a Calleja, que como todos sabemos, cuando se le ordenaba alguna misión, con mucha altanería exigía al virrey una exorbitante cantidad de dinero y de pertrechos con los cuales organizaba ejércitos difíciles de vencer, porque es muy sabido que los soldados bien pagados y bien armados luchan mejor. En cambio nosotros . . . para qué contarles.

Es cierto, licenciado Michelena, que no acudí a reforzar a Allende en Guanajuato cuando lo estaba acosando Calleja. Pero le mandé decir que abandonara la plaza; que no presentara combate; que se retirara y que nos encontraríamos en Guadalajara, pues dicha ciudad acababa de ser tomada por ese gran insurgente que era "el amo" Torres. Cuando Allende contestó mis ordenes de retirada con una carta muy grosera e injuriosa, yo le respondí que mucho me extrañaba que siendo un militar de carrera no tuviera conocimiento de que la ciudad de Guanajuato era militarmente indefendible por estar rodeado por completo de cerros inmediatos que al ser dominados dejaban emboscada a la ciudad.

Cuando en Guadalajara nos volvimos a encontrar pareció que habíamos olvidado nuestras rencillas porque estábamos mutuamente preocupados por preparar a nuestro ejército para enfrentar a Calleja que venía a atacarnos. En junta de militares se resolvió que nosotros debíamos escoger el terreno para combatir y nos decidimos por el Puente de Calderón. Sabíamos que era la batalla definitiva. Si derrotábamos a Calleja se derrumbaría la fuerza del virreinato. Si nos derrotaba, como sucedió, nos sería muy difícil reagrupar nuestras fuerzas y seguramente se retrasaría por mucho tiempo la aurora de nuestra Independencia. Estuvimos muy cerca del triunfo; los españoles ya retrocedían, cuando un soplo de mala suerte, o una trastada del destino; hizo estallar nuestro depósito de municiones y convirtió nuestra cercana victoria en la más espantosa y completa derrota.

Maltrechos y diezmados nos volvimos a reunir días después en la Hacienda del Pabellón, entre Zacatecas y Aguascalientes, y allí, en una junta de militares, me despojaron de todo mando de los ejércitos y redujeron mi actuación exclusivamente a los aspectos políticos y a las relaciones con los clérigos. Se me señaló como el directamente responsable de todos los descalabros. De allí iniciamos nuestro peregrinaje rumbo al Norte, que culminó con nuestra prisión y el cadalso. La cercanía de la muerte nos unió mucho a todos; me conmovió mucho el dolor de Allende cuando delante de él mataron a su hijo en el momento en que nos emboscó el traidor Ignacio Elizondo en las norias de Baján; era un jovencito, casi un niño; se llamaba Indalecio Allende. Después de la muerte de su hijo don Ignacio perdió su voluntad de vivir. Sin embargo, yo lo convencí de que hiciera lo posible por salvarse porque nuestra lucha requería que alguno de nosotros continuara al frente de ella.



Yo no podía pensar en esa posibilidad porque me tenían vigilancia especial fuera de mi celda, aparte de un centinela de vista que era constantemente relevado. Se presentó la ocasión de que Allende se fugara pero lamentablemente fue descubierto el intento y después de unos juicios sumarios, donde no tuvimos defensa, todos fuimos fusilados en diversas fechas.

¿Tiene alguna pregunta más por hacerme, licenciado Michelena? ¡Hágala con toda certidumbre de que nada hay que me impida contestar lo que sea!

JOSÉ MARIANO MICHELENA

¿Sabía usted, padre Hidalgo, que Ignacio Allende declaró en el juicio respectivo que cuando estaban en Guadalajara habían resuelto deshacerse de usted por medio de veneno?

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

No lo sabía, pero seguramente fue una de las argucias que yo les aconsejé utilizaran para evitar que los condenaran a muerte. Por ejemplo, yo pensé que podría ayudar mucho a mis compañeros si absorbía toda la culpa en forma exclusiva de la muerte de los españoles presos en Valladolid y Guadalajara. Por eso, yo declaré que ellos ni se enteraron de esas matanzas porque yo las había ordenado sin su conocimiento. A Mariano Abasolo le aconsejé que hiciera mención en su defensa de que había ayudado a escapar a algunos españoles prominentes de Guadalajara; lo cual fue cierto. Eso le valió que le perdonaran la vida y lo mandaran desterrado a España; lamentablemente supe que murió poco tiempo después en su calabozo, hasta donde lo acompañó ese portento de esposa que fue doña Manuela Rojas Taboada. Ahora bien, ¿qué otro interés pudo haber tenido don Ignacio al declarar que pensaba envenenarme para evitar que siguiera ajusticiando a los presos españoles, que congraciarse con la autoridad virreinal? lo cual resulta congruente con la petición que yo le hice de que buscara cualquier medio para salvarse, pues yo, como jefe de la insurgencia, no tenía salvación. Les dije que me echaran la culpa de todo. Que rehuyeran cualquier responsabilidad que pudiera agravar su situación. Por desgracia no sirvió de nada.

Yo también estoy de acuerdo con usted, licenciado Michelena, de la conveniencia de que el señor Allende hubiera sido convocado a esta reunión para que confirmara o refutara, en su caso, lo que yo he dicho, para evitar dudas históricas.

FRANCISCO PRIMO DE VERDAD Y RAMOS

Padre Hidalgo; a medida que lo escucho crece más mi admiración por usted. Los que perdimos la vida en la empresa de liberar a la Patria, tenemos más clara la noción del martirio. Por ello, quiero hacerle algunas preguntas relacionadas con los últimos episodios de su vida. ¿Qué pensaron ustedes respecto de la abyecta traición de Ignacio Elizondo en Acatita de Baján?

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

Yo nunca lo conocí personalmente hasta ese malhadado día 21 de marzo de 1811 en que nos apresó. Tengo entendido que Elizondo procedía de Nuevo León y se había unido recientemente a las fuerzas de don Mariano Jiménez; participó con bizarría y astucia en algunas acciones de guerra en su tierra, en Nuevo Santander y en Coahuila, por lo que se ganó la confianza de los jefes militares. Parece ser que se creyó con suficientes méritos para solicitar el grado de Teniente General, pero don Ignacio Allende se lo negó, pues desde que tomó el mando supremo del ejército, criticó la facilidad con la que yo otorgaba jerarquías militares, y estableció grandes requisitos para los ascensos. Se sabe que Elizondo se molestó por esa negativa y le hizo saber su contrariedad al Obispo de Linares don Primo Feliciano Marín de Porras, quien lo convenció de que en represalia nos aprehendiera, ofreciéndole interceder ante el virrey para que le compensaran adecuadamente. Así sucedió. Elizondo recibió en premio a su vileza el grado de Coronel y continuó ejerciendo el mando militar por algún tiempo, hasta que pocos años después, un español, fingiéndose loco, lo asesinó. Así terminó su miserable existencia, detestado por muchos, por nadie llorado, mezquinamente retribuido por el gobierno virreinal, un hombre que creyó adquirir honores y riquezas por la senda encenagada de la traición.

FRANCISCO PRIMO DE VERDAD Y RAMOS

¿Cuáles fueron sus pensamientos y sus sentimientos en los días anteriores a su fusilamiento? ¿Es cierto que un día antes de su muerte escribió unos versos en la pared de su celda?

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

¿Que cuáles fueron mis pensamientos? ¡Los de todo hombre cerca de la muerte! Hice repaso profundo de todas las etapas de mi vida. Me acordé de mi infancia en la Hacienda de Corralejo, al lado de mis padres y de mis hermanos; de mi padre creo haber heredado el intelecto y la fuerza; de mi madre, todo lo bello que llevo por dentro. Recordé a mi hermano Joaquín, el mayor; siempre adusto, serio y formal; de grande llegó a ser un estupendo sacerdote. A quien más recordé de mis hermanos fue a Mariano, un poco más chico que yo; con él era con quien más jugaba; éramos inseparables desde niños. Al recordarlo maté el polvo de mi celda con mis lágrimas. Mariano nunca se separó de mí; me siguió en la lucha libertaria; lo tomaron preso junto conmigo y lo fusilaron en Chihuahua el 11 de junio, junto a nuestro pariente, el maestro de música José Santos Villa. Recordé los días felices que pasaba en Tejupilco siendo adolescente, al lado de mis tías; ellas me recordaban mucho a mi madre que me dejó huérfano a los nueve años, pues murió precisamente al dar a luz a mi hermano Manuel Mariano. Allí al lado de los niños indígenas aprendí a montar a caballo, a jinetear reses bravas y a lazar; también aprendí el idioma de los indios que mucho me serviría toda la vida para comprenderlos. Recordé mi etapa estudiantil en el Colegio de San Nicolás, el cual había sido fundado por don Vasco de Quiroga originalmente en Pátzcuaro y que después se trasladó a Valladolid. También recordé mis estudios, más profundos, en el Colegio de San Javier, fundado